



MUN. 153

BARCELONA. 12 ABRIL 1902

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



Con el trapo al hombro, el farol en la mano, la canción en los labios y la alegría en el corazón, marchaban los mineros á amasar el pan de los ricos y algo del suyo con el sudor de su frente, olvidando quizás que desde el mullido lecho en que tranquilamente descansaba algún rico y acaudalado propietario maldecía á aquel que con su canción le despertaba y que paso á paso se alejaba de los seres queridos á quienes había dado quizás por última vez en esta vida el postrer beso.

Entre todos destacábase Antonio, bravo mozo, de constitución fornida, modelo de honradez y perfecto padre de familia, que, como todos los días, iba á exponer su vida para poder ofrecer, al siguiente, á su mujer é hijos el pedazo de pan que tantos sudores le costaba.

Llegó la noche: los mineros con el cuerpo rendido por el trabajo penoso tranquila la conciencia, acaban de llegar á sus hogares dispuestos á devorar los frugales manjares que sus queridas esposas han condimentado. De todos los que marcharon sólo uno no ha vuelto! ¿Á qué causa obedecerá? ¿Cuál nueva catástrofe, cual terrible cuadro habrá, tal vez, enturbiado la vista de los que tan alegres marcharon á ganar el sustento y tristes se hallaban al lado de sus esposas é hijos?... ¿Habrá sido mayor, más horrible aun que el que hacia ocho días había tenido la desgracia de presenciar?... ¡Horrible sí, mucho más que el anterior había sido el de aquel día!... El que veinticuatro horas antes con semblante alegre, lleno de vida, el del carácter jovial, el desgraciado Antonio... ¡Ese era el que á su morada no había vuelto! Una gruesa, tremenda piedra desprendida de una de las galerías de la mina habíale quitado la existencia, casi hecho añicos aquel corpulento ser.

Cuando la infeliz esposa de aquel martir del trabajo vió llegada la hora de volver á su hogar el com-

ACTUALIDADES PORTUGUESAS



ENRIQUE LOPEZ DE MENDOUZA



ALFONSO TAVEIRA



CARMEN CARDOSO



AUGUSTO MACHADO

La temporada teatral, casi á tocar á su término, ha transcurrido sin que, á excepción de una, ninguna obra portuguesa lograra agrado que pudiera ser calificado de éxito. Esto dice más y mejor que lo mucho que podríamos escribir sobre la decadencia del arte teatral en Portugal... y en todas partes.

La obra que más gustó, fué el *Tizao Negro*, de Enrique Lopez de Mendouza, escritor de gran mérito, que el público ha sancionado muchas veces con sus aplausos. La partitura pertenece á Augusto Machado, maestro inspirado, y autor afortunado de diferentes composiciones musicales de subido mérito.

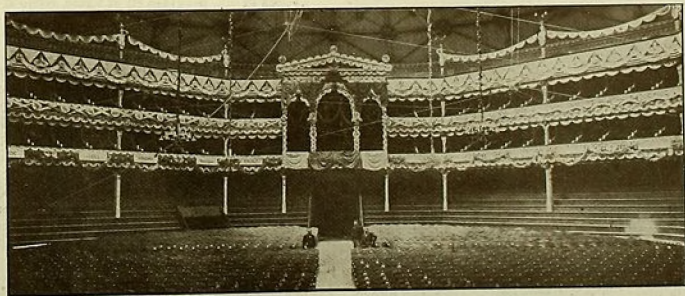
En el teatro Avenida, está de nuevo actuando la compañía de opereta del empresario portuense Taveira, siendo sin disputa, una de las mejores que ahora existen.

Taveira que con mucha satisfacción de todos, está pasando revista á su numeroso repertorio, cuenta en Lisboa y Oporto con muchas y bien ganadas simpatías. En el *elenco* de su compañía figura la distinguida actriz Carmen Cardoso, que es una de las figuras más salientes de la compañía.

En el Colyseu dos Recreios se ha efectuado con todo lucimiento, la fiesta á beneficio de la Caja de Socorros de la Asociación de la Prensa.

Concurrencia numerosísima y valiosos donativos, sobresaliendo el de 400 duros regalado por nuestro amigo Antonio Santos, inteligente y acreditado empresario de aquella sala de espectáculos.

CARLOS MENDES (SIPHAX)



COLYSEU DOS RECREIOS

(Fot. de Guedes de Oliveira)

LA PIEDAD DEL MARMOL

Ante la vieja catedral se abría un patio, poblado de naranjos. En el centro, se erguía una estatua de piedra; la estatua de un santo. De pie, con una mano extendida, en ademán de bendecir, era una figura que inspiraba divino carillo. Cimentábase su pedestal en una gradería, casi siempre alombada por las hojas caídas de las ramas, que servían como de dosel rumoroso y perfumado al santo.

En aquella gradería solían sentarse los robres, acechando el paso de los fieles.

Cuando los días eran de sol, y el ambiente agradable convidaba á salir de paseo, asistía al templo numerosa y distinguida concurrencia. Entonces, en esos días, abundaban las limosnas. Y, cómo el cielo, reía y se ponía alegre el alma de los mendigos.

Más, aquella tarde, sombría y destemplada, tarde de principios de invierno, en vano tañían las campanas desde las torres convocando á la oración. Pocos transeúntes penetraban en las heladas y espaciaosas naves, donde, hasta las lámparas suspendidas del elevadísimo techo, parecían amortiguarse bajo el entumecedor soplo del viento.

No obstante, una anciana, veíase arrebujaada en la gradería.

Temblaba su cuerpo. Su voz sonaba con tono de angustia. Lágrimas había en sus ojos, en sus ojos ciegos.

Aquella desdichada persona, aquel frágil despojo de la vida, desafiaba las crueldades del tiempo. Era que la necesidad le imponía su durísima ley. Y por buscar la existencia, se exponía á encontrar la muerte.

¡Sí, la muerte. En su rostro desecado y amarillo; en sus manos decarnadas y trémulas; en todos sus miembros flojos y abatidos advertíase la proximidad de la hora suprema.

Cuando sobre las losas del patio resonaban pasos, la anciana hacía un esfuerzo, y dejaba trabajosamente escapar de sus labios palabras suplicantes.

—¡Una limosna, señores! ¡No he comido hoy!

Era verdad. Su miseria era extrema. Carecía de todo. No tenía hogar, no tenía pan, no tenía ropas. No conocía ningún amigo. Estaba abandonada en medio del mundo. Ni siquiera sabía hacia que sitio había un hospital. Era forastera.

Los raros transeúntes que cruzaban junto á ella alejábanse sin hacerla caso. Su voz, que apenas se oía, perdíase en el vacío, como si saliera de una tumba.

Cuando se quedaba sola la anciana, entablaba en su mente un terrible soliloquio.

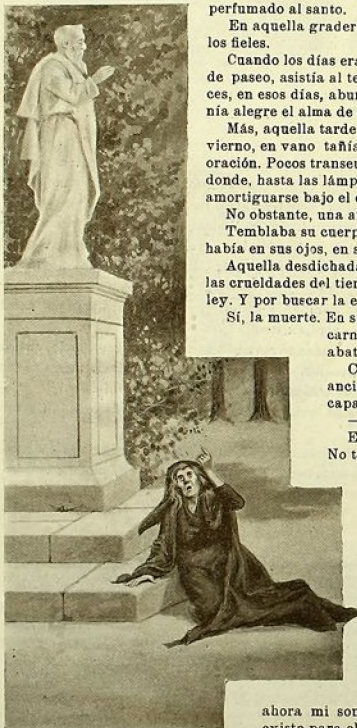
—¡Parece un sueño!—decía en su interior:—

¡Parece un sueño que yo me vea como me veo! ¿Soy yo aquella dama, llena de soberbia, de riqueza, de hermosura? No, no puede ser. Yo debí haber muerto hace muchos años, y solo vive

ahora mi sombra. Pero, esta sombra, sino existe para la dicha, existe para el dolor. Es una sombra que tiene entrañas, y las siente desgarradas, chorreando sangre por infinitas heridas...

¡Ah! He sido muy mala; lo reconozco. Yo pensé que en la vida no había pesares, enfermedades, infortunios. Yo sólo me ocupaba en ser feliz, sin fijarme en las desventuras ajenas. ¡Era atrocemente egoísta! Dando rienda á mis locuras, á mis trivialidades, á mis ligerezas, corrí en pos de los sueños más disparatados. Abandoné á mi marido, y murió maldiciéndome; no cuidé de mi hija, y desapareció, huyendo no sé á que parte quizás avergonzada de su madre. Yo, entretanto, gozaba, triunfaba, gastaba, como si la juventud y la fortuna no se acabaran nunca... Tal vez, ¿qué digo, tal vez? Sin duda mi estado presente es una expiación, un azote, un castigo...

La misera mujer empezó á sollozar. Había revuelto su pasado, y el dorado fantasma de su antigua grandeza, junto con el agudo garfio de su actual remordimiento, le aterraba y le hería, simultáneamente, en lo más vivo.



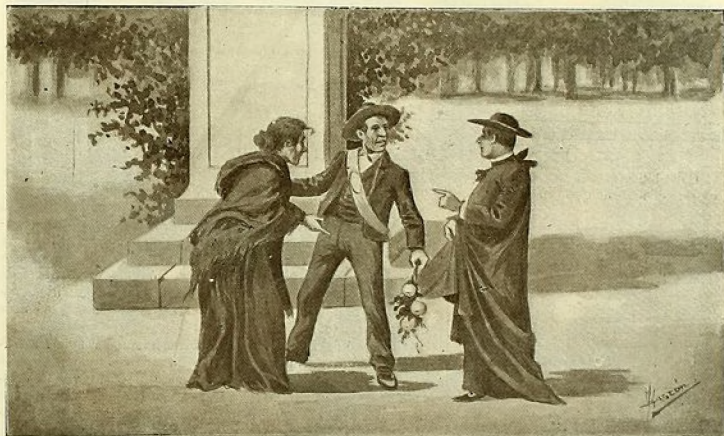
Oyó pasos de nuevo, y volvió á gimotear:

—¡Una limosna, señores! ¡No he comido hoy!

Y también, el recién venido, indiferente, se alejó como los otros.

Y tornó la anciana á mirarse en el espejo de su conciencia.

—Pero, si es un castigo, es un castigo tremendo. Es cierto que yo me burlaba de los infelices. Cuando un pordiosero, en la calle, se me ponía delante, tratábale de importuno, de fastidioso, de embustero. No creía en ninguna desgracia. No comprendía, estando yo siempre harta, que hubiese alguien que sintiera hambre. Contadas veces abrí mi bolsa al necesitado, y, aun en esas ocasiones fui generosa más que por compasión, por vanidad... Ya, ya voy sabiendo algo de las desgracias humanas. En fiestas, en viajes, en disipaciones de todo género, he derrochado mi capital. En falsos afectos he consumido mi corazón. Las lágrimas han escaldado mis ojos, y me han dejado ciega. He llamado á la puerta de todos mis parientes, y me las han cerrado. Vengo huyendo de todos, y, más que de nadie, de mí,



misma. Pero de mí no puedo separarme. Soy un enemigo del que no puedo deshacerme sino en el último suspiro... Y sin embargo, Dios mío, no quisiera morir. Desearía vivir hasta purificarme de mis pecados. ¿Por qué no me perdonaste, ya que perdonaste á aquella gran pecadora que se llamó Magdalena?

Al llegar á este punto de sus desconsolados pensamientos, sintióse desfallecer la anciana, y cayó de rodillas sobre una grada. Aun tuvo resistencia, sin embargo, para alzar la cabeza hacia el cielo, y dirigió una munda plegaria.

¿Estaba aplacada la soberana justicia de la Providencia? ¿Había para ella misericordia? Delinquiré mucho, pero también padecía bastante.

Allí, postrada en tierra, permaneció largo rato. Ya no pedía á la humanidad nada. En su naufragio, sus gritos no conmovían á los mortales. Más, la sostenía la fe. Y del mismo modo que por los caminos, jamás la faltaba un alma compasiva que la guiara y protegiera en sus errantes caminatas, de igual manera ella esperaba en su desvalimiento de ahora, algún desconocido socorro. Pero, este no llegaba.

Iba á morir la tarde. Arreciaba el huracán. Los naranjos sacudían convulsivamente su ramaje con un rumor violento. Los pájaros, que anidan en los campanarios, daban, graznando, los postreros pios en el aire, antes de recogerse en sus escondrijos. En torno de la anciana se espesaban las sombras. Las llaves de la catedral chirriaban en las vetustas cerraduras, indicando que se cerraban las puertas. La desdichada mujer experimentó un sentimiento de soledad inmensa. Levantándose, probó á andar, pero tuvo que sentarse de nuevo en la gradería de la estatua del santo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó.—¡No quisiera morir de hambre! ¡Haz que viva para lavarme de todas mis culpas! ¡No, no quiero morir de hambre!

Aulló sordamente el vendabal. Los naranjos se inclinaron rudamente sobre el santo... Y se escuchó un cruzido. En el regazo de la anciana se desplomó un ramo de naranjas.

—¿Qué es esto?—dijo, palpando sorprendida oloroso fruto.—¿Son naranjos? ¿Quién me hace este regalo? Ha venido de arriba, sí, de arriba. ¿Acaso el cielo se ha acordado de mí, de esta miserable criatura?

Se sintió profundamente enternecida. Antes de saciar su apetito, besó con religioso respeto aquella dádiva misteriosa. Alguien se acercaba. Era un guarda de la iglesia.

—¿Qué hace usted ahí? ¿Qué naranjas son esas?—dijo con voz áspera.

—¿Aquí?—repuso la mendiga.—Ya lo ve usted. Estoy pidiendo limosna. Y estas naranjas... no sé quien me las ha dado.

—¡Ladronal—gritó el guarda.—Venga usted conmigo.

La pobre anciana temblando de miedo, echó á andar, casi arrastrándose, en silencio.

De pronto, otra voz, sí, bien dulce y solemne, llegó á sus oídos. Era la de un sacerdote.

—Suel: á esa mujer,—dijo.—No ha robado nada. He visto lo que ha pasado. Ese ramo de naranjas se enganchó en la mano del santo, y, al desgajarse, ha caído en el seno de esa desdichada. ¡Dios así lo ha querido!

—¿He estado á los pies de un santo?—preguntó la anciana.—Yo nada sé. Me han puesto ahí otros pobres, diciendo que en este sitio se recogía mucha limosna. Nadie, sin embargo, me ha socorrido.

—Buena mujer,—replicó el sacerdote.—Si no te han socorrido los hombres, te ha socorrido ese santo de marmol.

—¿De marmol?—exclamó amargamente la arrepentida aventurera.—¡Oh! El marmol es más compasivo que los hombres.

JOSE DE SILES

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ

Con el más profundo pesar acabamos de recibir la noticia del fallecimiento del eminente periodista y escritor insigne que tan popular había hecho su pseudónimo de *Fernanflor*.

Pocos hombres habrán influido tanto como el malogrado autor de *Cuentos Rápidos* en las modernas corrientes literarias. De él puede decirse que creó la crónica en sus famosos *Lunes del Imparcial* y abrió nuevos horizontes á la prensa transformando las condiciones del periódico á fin de hacer de él una cosa viva y necesaria á todos en vez de una hoja árida, privada de todo aliciente y destinada tan sólo á los usos de la política cerrada.

Comenzó Fernández Flórez á darse á conocer en la *Ilustración de Madrid*, fundada por D. Eduardo Gasset y Artime allá por el año 1870, y no tardó en conquistar universal celebridad con las amenísimas crónicas que bajo el pseudónimo de un *Lunático* publicaba en *El Imparcial*. Pronto fué decisiva su influencia en este periódico, al que hizo emprender rumbos enteramente nuevos, que sirvieron luego de modelo á los demás.

Fundador y alma de *El Liberal*, en 1880, cuando se separó de *El Imparcial* la redacción en masa, continuó colaborando en el nuevo periódico, donde publicó preciosos cuentos y primorosos artículos de crítica, de artes, como también en la *Ilustración Española y Americana* y alguna que otra cortada publicación.

Al fundarse en ésta *La Ilustración Iberica* contribuyó principalmente á su inmensa popularidad con sus crónicas semanales por espacio de ocho años, no cesando en su colaboración hasta que dejó casi de escribir para dedicarse preferentemente á su elevado cargo en el Consejo de Administración de *El Liberal*.

No hay un solo trabajo firmado por *Fernanflor*, ni aun las más ligeras crónicas, que no sea un dechado de belleza literaria por su exquisita gracia, su amenidad y la donosura de la frase, brillantísimo ropaje de un concepto á veces amargo, pero siempre noblemente encaminado.

Bien puede asegurarse que el *humorismo* de *Fernanflor* es tan delicado como el de los más famosos escritores de aquel género en Europa, de igual manera que su finísima ironía y su gracia ática sólo tienen rivales entre los maestros más ilustres en tal sentido.

¡Descansen en paz el ilustre periodista!





A UNA DE TANTAS

¡Ingrata! ¡Al fin mujer! Si lo sabía
¿cómo pude olvidarlo? ¿Cómo pude
cifrar en ti mi gloria y mi alegría?
¡Aun quiere que lo niegue ó que lo dude
el corazón que tanto te quería!

No temas, no, que olvide tu hermosura,
por más que tus promesas olvidaste,
ni que deshonor con pasión impura
el seno ardiente que en la noche oscura
con bálsamo de amores perfumaste.

Pruebas contra tu honor y tu recato
me diste, y ellas forman mi tesoro:
mas no te harán gemir; yo no delato.
Se que vas á olvidarme, ¡y aun te adoro!
Se que me eres infiel, ¡y no te mato!

NEMO



UN PLAGIO

Murió en el hospital; su cuerpo fué á la fosa común, y sus ojos rasgados y azules quedaron sin cerrar por falta de una mano cariñosa que realizara tan piadosa acción.

Y no fué sueño de poeta, ni visión de timorato; fué, que efectivamente lo vi. Vi, que sus ojos, grandes y azules, ya sin expresión ni brillo, se fijaron en el cielo, buscando sin duda, entre las estrellas que principiaban á tachonar el gris oscuro del firmamento, alguien que le diera una explicación de su abandono; queriendo arrancar el por qué de la injusticia que en la tierra sufriera durante su vida. No: durante su calvario.

Enamorado de la belleza eterna, murió sin poseerla; ansiando dichas é ilusiones, llegó al fin de sus días sin realizar ninguna; buscando la gloria sucumbió en el combate sin que nadie se percatara de su desaparición. Su vida fué como la burbuja que brota del fondo del lago al arrojar en él la piedra; rápidamente asciende á la superficie y el mismo aire que la engendró la hace estallar y desaparecer sin dejar rastro ni señal de su efímera existencia.

Esa fué la vida de Joaquín. Llegó á la corte falto de recursos, sobrado de talentos pletórico de juventud y rebosando energías; soñaba con la gloria y á conquistarla dedicó sus mejores años. Desdénando todo lo que oliera á compadrazgo y recomendación, se encaminó solo por la senda que creyó más recta para llegar al logro de sus aspiraciones. Pero pronto vió con pena, que otros, sin su talento y con las recomendaciones que él despreció llegaron donde él soñaba llegar y esto le ocasionó tal pesadumbre, tal abatimiento que las energías que creía imperecederas se agotaron, y un enervamiento tal se apoderó de su ser que pronto dió en el hospital y á continuación en la fosa común.

Y sus obras inéditas todas, no se sabe como ni cuando fueron á parar á la redacción de un semanario literario de escasa importancia cuyo director, quizá solo por curiosidad, entretuvo sus ocios en leerlas quedando encantado de la originalidad y buen gusto que revelaban. Y las publicó, pero con su nombre hasta entonces desconocido.

Y á contar de aquella fecha, la revista se vendió y alcanzó una popularidad inmensa y su director fué solicitado para colaborar en los periódicos de mayor circulación y llegó á académico de la lengua y... el pobre Joaquín continúa enterrado en la fosa común sin tener quien deposite una flor ni vierta una lágrima sobre su humilde é ignorada sepultura.

ANGEL MACÍAS RODRIGUEZ

Con el
los señores el
album JO

BI
Sidonio
Zola.

La piel
Bernard.

El amor
reliano Se

La volu
Emilio Zo

El fin de
Alexis.

Santiago
Zola.

La fiesta
Zola.

El secre
de L'Isle

Sin trab
Los suf

(Ilustrada)
El maes

rico Soulié
La inoc

por Carlos
Para pec

nistración
za de Tetu

Las pe
Muy pro
Si como
Habiera

ORIGEN

Sabido es
nes abund
bles; crece
mérito, y
ser una si
transforma
de las carp
producción
cillamente
rásitos ver
habiendo n
to sea direc
basta que c
las raíces p
cha modifi
procedimie
ten, por lo
consecuen
des parasit
les monstru
mosas nos p

RESERVAD

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 15.º de regalo, del album **JOYAS DEL ARTE**.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar, (ilustrada) por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

.*

Las penas que dá el amor
Muy pronto tendrían fin
Si como para los callos
Hubiera un **LADIVONSIM**.

ORIGEN DE LAS FLORES DOBLES

Sabido es que en nuestros jardines abundan mucho las flores dobles; créese que eso es un notable mérito, y, sin embargo, no pasa de ser una simple monstruosidad. La transformación de los estambres ó de las carpelas en pétalos ó bien la producción de flores verdes es sencillamente debida al ataque de parásitos vegetales y animales, no habiendo necesidad de que el efecto sea directo, pues en muchos casos hasta que dichos parásitos ataquen las raíces para que se produzca dicha modificación en las flores. Los procedimientos hortícolas consistentes, por lo tanto, en entretejer las consecuencias de esas enfermedades parásitarias para lograr las tales monstruosidades, que tan hermosas nos parecen.

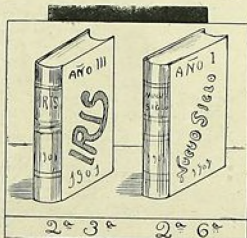
EPIGRAMAS

«¡Igualdad!», grita un beodo.
Y no observa al pobrecito
que no puede dar el grito
dos veces del mismo modo.

.*

Pretendes, niña adorada,
guardarte de una pasión:

CHARADA GRÁFICA, Novejarque



¿quieres estar bien guardada?
Pues entra en mi corazón.

.*

Estás al fin de tu vida
y dices que no has amado...
Eso es pasar por el mundo
lo mismo que pasar un fardo.

.*

¡Qué hermosa parecerás
con esas joyas tan bellas

si bajo el peso del oro
enterraras tus flaquezas!

NEMO

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

PASO PASO

E. BERNABEU TORREGROSA

Las soluciones en el próximo
número

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

Jeroglífico.—

Dentro de mi corazón
he formado dos alatares
en uno te adoro á ti
y en otro adoro á mi madre.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

V. de A.—Zaragoza.—Me ha clavado usted una daga florentina en medio del corazón con su elocuentísimo *Memento!* Sin embargo, *quod scripsi, scripsi*. Lo que hay es que si no se gana Zamora en una hora, en la prensa se pasa á veces un año.

I. B. T.—Valencia.—La poesía es muy sentida, y desde luego queda aceptada, pero no puedo prometerle que se publique pronto.

R. M. P.—Granada.—Muchas gracias por el cuento; irá.

A. G.—Córdoba.—Pues con franqueza, está muy bien, aunque algo larguito. Queda en cartita para su publicación.

A. G.—Esa *Intima*, se refiere á un asunto que ha sido tratado ya muchas veces, por lo cual no ofrecería novedad, á pesar de ser recomendable por su forma y por el sentimiento.

J. M.—Vitoria.—La poesía es digna del asunto; sin exagerar, puede decirse que hay en ella verdadera grandilocuencia, pero con sentimiento no puedo publicarla porque habría pasado ya la oportunidad cuando apareciese.

E. S. G.—Málaga.—Fuertellico es el cuento, pero no le hace. Irá; si quiera tiene miga.

J. R. G.—Zaragoza.—Es una lastima que por haber llegado tarde sus originales no haya podido publicar las quintillas. Irá el cuento baturo. El *Diálogo* aunque es muy bonito, resultaría demasiado largo.

R. A.—La Almunia.—Queda aceptada la poesía.

J. V. N.—Valencia.—El asunto del cuento está presentado de una manera demasiado escueta; se trata de un final, que sin la debida preparación resulta por demás violento.

B. Y. A.—Zamora.—Su artículo no gustaría á la mayoría de los lectores.

S. S.—Valencia.—Aceptadas sus poesías, con la salvedad de no señalar fecha para su publicación.

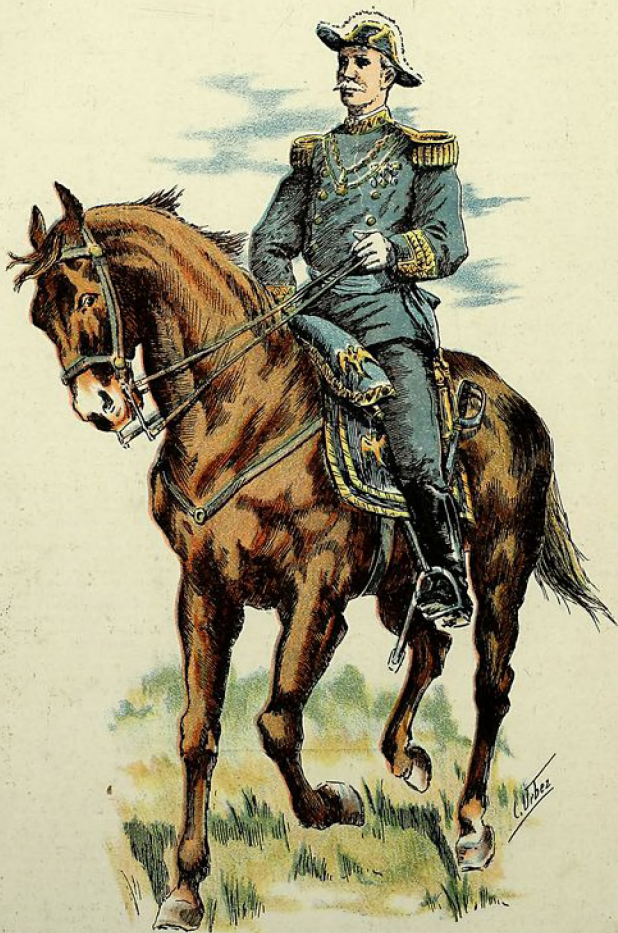
F. de U.—Madrid.—Lo mismo que usted desea quisiera yo, pero es enteramente imposible, estando sujeto cada número á variaciones de última hora.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSCRÍPTOS Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA AMÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

MÉJICO



GENERAL

Ayuntamiento de Madrid